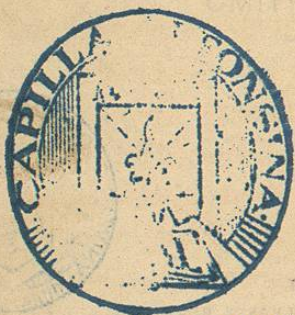


BIBLIOTECA

Esta obra es propiedad absoluta del editor don José María Faquinetto, quien perseguirá al que la reimprima ó traduzca sin su previo consentimiento. Queda hecho el depósito que marca la ley.



BIBLIOTECA PUBLICA  
NUEVO LEON



## FULVIA

Esta mujer significa y representa la demagogia en Roma. Para formarse una idea, más ó menos clara, de su poder é influjo, hay que remitirse al estudio de tantas como brotan hoy mismo en los clubs de la política y perturban los extremos de nuestros partidos. La crueldad en las mujeres, por lo mismo que tanto contraría y se opone á su naturaleza, excede con mucho á la crueldad en los hombres. Esas furias, que bien al revés de las hermanas de la Caridad, siguen á los ejércitos en busca de los despojos; las calceteras, por ejemplo, en la revolución francesa; las incendiarias en el partido comunista; tantas y tantas criminales coronadas de culebras como aparecen sobre todas las catástrofes históricas ¡ay! responden al tipo de Fulvia, quien vive y muere desordenada en las orgías postreras del régimen republicano y en los comien-



zos ó asomos del régimen imperial. Imposible comprenderla sin comprender la política romana en los adversos y siniestros días de su terrible aparición. El nombre de Fulvia está unido con el nombre de Clodio y con el nombre de Antonio. Al unirlos diríase que había intentado la sociedad enseñarnos una historia moral viva, la relación estrecha entre la demagogia y el cesarismo. Prostituída Fulvia, como las tristes sociedades que se desprenden de su derecho y se dan al despotismo, corrió fases iguales con las fases corridas por su Roma en aquel tiempo. Todos cuantos pueblos adolecen de frenesí ó embriaguez en la libertad se rinden tarde ó temprano al sueño de una deshonrosa servidumbre. Fulvia parece, pues, una enseñanza viva. Empieza con los catilenarios y concluye con los pretorianos. La usura, como una lepra, se había comido hasta el tuétano de la Ciudad Eterna. El dinero, exagerando su poder, se había expuesto á todas las contingencias de una revolución social. La mayor parte de los propietarios se alimentaban de los expropiados. Veíanse por aquí las víctimas de las guerras civiles con la escualidez propia del hambre; por allí los veteranos de Sila completamente arruinados, á pesar de haber á todo el mundo empobrecido; por allá los nobles triturados en su fortuna y venidos á la mendicidad entre las facciones desen-

cadenadas y combatientes; dentro de la ciudad mil mártires de todos los principios heridos por todos los desastres; en torno de la ciudad las tribus de italiotas demacradas y miserables; por los desfileros el pastor salvaje y nómada que cuida rebaños sin dueño y acecha el viandante para secuestrarlo, formando verdadera nube de bandidos; y allá, en lo más hondo y más terrible de los abismos sociales, el gladiador, cazado como una bestia feroz, adscrito como un cliente necesario á todos los jefes de facción y dispuesto á matar sin saber por qué ni á quién, pues harto le constaba cómo él solamente debía pensar en morir divirtiendo los ocios del pueblo romano é inmoliándose á sus menores caprichos.

Saturnino, tribuno, había hecho lo mismo que los Gracos, proponer la ley agraria para ocurrir á tantos males. Pero Mario, en su inexperiencia política, le dejó inmolar tristemente por mano de los caballeros. La cólera de sus enemigos le persiguió allende la muerte, y guardar su busto fué considerado como un delito de lesa Roma. Naturalmente, las injusticias de los ricos engendraron las violencias de los pobres. Todos los arruinados buscaron una personificación, y esta personificación se llamó Catilina. Naturaleza de combate, no busquéis en ella la conciencia, buscad la fuerza. Vida manchada por todos los vicios, no busquéis en él sino todos



los reptiles que anidan en todas las ruinas. Empobrecido, parte por una fatalidad inevitable, parte por sus desórdenes personales, cayó en el desprecio universal, y este desprecio le precipitó en la irreparable infamia. Todos los infames le siguieron, y como todos los infames le siguieron, acabaron por generar en torno suyo una leyenda tal de horrores, que ha trascendido á la historia y ha llenado todos los tiempos. Beberíase mucho vino en sus nocturnas orgías: las gentes, sin embargo, aseguraban á una que dentro de humano cráneo, en aquellos conciliábulos misteriosísimos, se bebía, danzando, mucha sangre. Los propietarios le veían ya despojándolos de su hacienda, los logreros de sus rentas. El senador se lo figuraba invadiendo el Senado y la mayor parte de las gentes quemando por sus cuatro extremos la ciudad. Quién decía que los conjurados asesinaban por no perder la costumbre del asesinato; quién que había Catilina por sí mismo degollado, para obtener la mano de una dama que no quería hijastros, á su propio hijo. El terror puso á Cicerón en el consulado. Este cónsul elocuentísimo no creyó escudo bastante fuerte su elocuencia, ni arma de harto alcance, y se ciñó una coraza y armó á todos sus partidarios. Catilina, perseguido y acosado, se fué diciendo que alimentaban contra él un incendio, mas que, de seguro, extinguiríalo él bajo es-

combros. Cicerón, á quien había faltado ánimo para enconar la guerra, lo recibió prestado por su esposa Terencia. Los partidarios de Catilina fueron estrangulados todos en las gemonias romanas. Terencia, cual Fulvia, demostró una vez más cómo pierde la mujer sus virtudes cuando se adscribe á una fracción cualquiera y entra en los torbellinos de la política y de la guerra. Catilina se refugió en Etruria, y allí le buscaron las legiones de Roma. Cayó vencido, pero cayó combatiendo. Aunque sólo pudo armar la cuarta parte de sus partidarios, con ellos alcanzó la honra difícil de una heroica muerte. Cicerón se creyó un héroe por su fácil victoria é hizo decir á la poesía que desde aquel entonces las armas, hasta en la guerra, se habían visto sustituidas por las togas. Un rebujo del partido de Catilina fué Clodio, y digna esposa de Clodio fué Fulvia.

Muchas mujeres pertenecieron á la facción de Catilina; todas aquellas que se habían precipitado en el vicio. Las matronas, faltas de hermosura juvenil y constreñidas á ganarse amantes por dinero; las muy á la moda y lujosas, que gastaran en cosméticos sus fortunas; las de vida libre y reputación perdida tocando en la prostitución, constituyeron junto á la torpe legión de aviesos demagogos otra legión femenil no menos disipada, no menos guerrera, no menos cruel, no menos vengativa. Por



tanto, aquellas mujeres instigaban á sus correligionarios y cofrades para que persiguiesen terriblemente y con crueldad, no solamente las ideas y las pasiones públicas á sus ideas y á sus pasiones opuestas, sino también los hechos particulares y privados, más en la vida y más en la jurisdicción de una mujer. Fulvia estaba entre todas ellas, y como estaba entre todas ellas tenía naturalmente adquirido un odio á Cicerón, llamado por los caballeros á la defensa de Roma contra Catilina. En la noche siniestra del castigo dado á los catilinaros, inmolados con una indiferencia semejante á la que usa y emplea el carnicero en sus matanzas, Fulvia sufrió mucho, no solamente viendo perdidas las esperanzas que suelen librarse á la exaltación y victoria de un partido, sino viendo soberbias y orgullosas las matronas romanas en coro y en concierto subir á las alturas de sus casas con luminarias de regocijo en las manos para celebrar el triunfo de Cicerón. Desde aquel día data la inquina de tan hermosa mujer contra el retórico de los Rostros. En los conciliábulos catilinaros debió conocer á Clodio Fulvia. Este Clodio no pertenecía ciertamente á la plebe, ni mucho menos estaba, como el jefe de su partido, pobre y arruinado. Ilustre nombre le distinguía entre los demagogos y rica fortuna le daba medios sobradísimos de alle-

garlos y tenerlos completamente á su merced y arbitrio. Había, pues, aborrecimiento político en Clodio á Cicerón, que representaba los mayores enemigos de la demagogia, los caballeros ó burgueses. Pero había más que odio aún político, había odio particular. Su hermana Clodia se prendó perdidamente de Cicerón, y quiso que la reconocieran y la llamaran su esposa. Sabido esto por la mujer de Cicerón, Terencia, movió á su esposo contra los Clodios, y caído el tribuno entre las redes múltiples de los compromisos naturales en su situación y de las supersticiones anticiceronianas que las mujeres de su partido le imbuían, consagró un odio implacable al gran orador. La vida entonces no se distinguía, cual suele suceder hoy entre nosotros, en privada y pública. Cicerón, que recibía como buen orador en sus nervios todas las impresiones del mundo exterior y que no estaba muy acostumbrado á callárselas, arremetía contra Clodio por sus ideas y también por sus mujeres. Imaginaos la cólera de Fulvia y Clodia, tan susceptibles y nerviosas como en todas las mujeres, al verse por la lengua del orador mordidas en su corazón. Eran dos furias de cólera y de venganza.

La vanidad propia de Cicerón, que no quería reconocer superioridades ni privilegios de ningún género en los dos gobernadores romanos por aque-



lla sazón, en los dos que le habían sustituido tras su consulado, en César y en Pompeyo, generó el odio de ambos al orador y les llevó á soltarle sin piedad la persona de Clodio como se suelta el perro y el halcón contra la caza. Quisieron erigirlo tribuno del pueblo, mas era patricio y el tribunado perteneció siempre á la clase plebeya. En tal apuro hicieronle adoptar por un plebeyo. Clodio acusó á Cicerón. El objeto de sus acusaciones insidiosas no era tanto la defensa de leyes más ó menos respetadas entonces como la perdición del cónsul su enemigo. En efecto, la ley semproniana daba garantías al ciudadano para que no fuese cosa fácil inmolarse impunemente con crueldad en aquellos cambios de la política y en aquellos flujos y reflujos de las pasiones. Cicerón, arrastrado por el vértigo de la defensa contra Catilina y los suyos, había hecho matar á varios hijos de Roma sin más autoridad que una vaga y simple autorización del Senado. Clodio se creyó en el caso de acusarlo y de perderlo. Su acusación alcanzó tales efectos, que Cicerón, la inteligencia y la palabra de Roma, se vió por fuerza obligado á dejar la ciudad y á partirse triste, proscribido. La mayor anarquía reinaba en las costumbres. Pompeyo había propuesto gobernar á Roma sin soldados y con leones. En su estrechez de miras creía que le bastaba para licenciar muchos vete-

ranos traer muchas fieras. El pueblo deliraba viendo en el circo los leones africanos con las gubejas doradas y ofrecía en cambio aplausos al general, pero pidiéndole que no le molestase de ningún modo en sus gustos y le dejara vivir á su grado. El gran Pompeyo, como se llamaba él á sí mismo soberbiamente, podía dominar en los últimos límites de los dominios romanos, pero no en las calles de Roma. Hervían por todas ellas las pasiones más anárquicas. Los circos, los teatros henchíanse de gentes ociosas acostumbradas á los regocijos y á los espectáculos. Entre los coros, entre los címbalos, entre los actores, en medio de las fiestas más orgiásticas, deslizábanse demagogos siniestros con aire amenazador, la barba y la cabellera en desorden, la voz siniestra, seguidos por gréculos y por judíos que los acompañaban á todas partes y se ofrecían á morir, y sobre todo á matar, por ellos. Inmediatamente que se formaba una facción de tal género formábase otra contraria y opuesta. Ellos habían de luchar por todo y por todos: por la política, por la moda, por los actores, por los cónsules, por los poetas, por los retóricos. El caso era combatir sin saber á quién y sin saber por qué. La calumnia, el secuestro, el incendio, el asesinato, el exterminio entraban como factores principales en este desorden universal. Clodio había dado pan y



circo á la ciudad, impedido á la magistratura su tradicional privilegio de interrumpir los comicios con señales religiosas, limitado el derecho de los censores contra los ciudadanos de malas costumbres, reunido una especie de milicia peor que la milicia de Catilina en torno suyo, tolerado á los muchedumbres el derecho de reunirse y asociarse por las encrucijadas al aire libre, propuesto el privilegio de ciudadanía para los libertos y aun para los esclavos y ofrecido prerrogativas á los reyes extraños, como si la demagogia fuese una religión y el demagogo un Dios.

Acompañábanle mucho en todo esto Fulvia y Clodia. Ellas tenían salones políticos y literarios á la usanza del París moderno. En las largas filas de sepulcros, levantados paralelamente á los sendos bordes de la vía Apia, paseaban las hermosuras del tiempo y se distinguían en estos paseos las mujeres de Clodio. El afecto cariñoso á sus hermanas en éste había llegado á extremos tales que lo acusaban las gentes de incesto. Fulvia y Clodia parecían unas verdaderas bacantes. Sus excursiones á la vecina riente Albano, donde se levantaba el templo de Diana nemorense, á orillas del lago Nemi, constituían una especie de procesión entre religiosa y mundana, capaz de recordar las antiguas festividades babilónicas. Colgaban de las ra-

mas exvotos recordatorios de sus voluptuosidades. Encendían por las noches antorchas sacras destinadas á poner en fuga los pájaros nocturnos y convertían las praderas en lechos de su prostitución, inventando toda suerte de refinamientos para excitar las sensaciones y recrudecer los placeres. No había extravagancia que aquellas mujeres no idearan ni aventura que aquellas mujeres no corrieran. Un día, seguramente para divertir las y mostrarlas adónde podían llegar las calaveradas, propúsose Clodio nada menos que profanar el tálamo de un pontífice máximo, como Julio César, penetrando en la parte de habitación reservada por el rito á su mujer y defendida por las leyes con apercibimientos cuyo criminal olvido llevaba en sí aparejadas penas horribles. Celebrábase la fiesta consagrada por los romanos en varios días á la buena diosa. Esta festividad litúrgica no podía celebrarse jamás en los ritos tradicionales sino por mujeres. Tomábanse, para que los cánones religiosos no quedaran incumplimentados, las mayores precauciones en todas partes, y con especialidad en casa de los pontífices. A mayor abundamiento, César, el pontífice máximo á la sazón, como ya hemos recordado, tenía junto á la mujer propia su madre, la suegra, que velaba por el honor de su hija con porfiada vigilancia. Imposible



saltar las vallas de una liturgia tan rigurosa, desobedecer el imperio de una voluntad como la voluntad cesárea, burlar la vigilancia de una suegra que nunca se dormía. Pues á todo se atrevió Clodio. Disfrazado con el traje de una tañedora de cítara entró hasta el gineceo prohibido á los profanos. Por su mal, bien pronto lo reconocieron. Al reconocerlo, el pudor y la fe de las mujeres heridas al desacato armaron un verdadero escándalo, cual si hubiese ardido el palacio pontificio. La suegra de César, en su ira de vieja devota, quiso arrancar los ojos al fementido joven, que osaba profanar el santuario de un pontífice y desconocer el imperio de las leyes religiosas. Clodio tuvo que refugiarse aturdido en el cuarto de una esclava. Enterada Roma, todos los adictos á las viejas tradiciones pidieron la pena de tan criminal audacia, mas todos los innovadores se rieron del hecho y celebraron la gracia. El tribunal se reunió, sin embargo, á juzgarlo, y Clodio, para eximirse á la pena, tuvo que darles parte de su fortuna, y aun hay quien dice que parte de sus mujeres. A tal estado de corrupción llegó Roma en estos tristísimos tiempos.

Tal aventurero protegían los dos amos de la ciudad. A sus caprichos, á sus venganzas, parece imposible, sacrificaron el mismo Cicerón. Pero Clodio,

inquieto, después de haber conseguido su ruidosísima victoria sobre aquel gran orador de la República, se atrevió á mayores y se indispuso con Pompeyo. El demagogo romano caricaturaba los gestos, los dichos, los actos de César. Y como éste mezclara de continuo las cuestiones exteriores de Roma con las cuestiones interiores, hacía lo mismo Clodio. Tomó, pues, á empeño la libertad de un rey armenio, cautivo en la prisión mamertina. Nególa Pompeyo, y desde tal punto no quiso perdonarlo Clodio. Así le armó al general toda suerte de tumultos. Habíase por tal suerte dilatado la demagogia en Roma, que cada hogar de los grandes ciudadanos parecía una sitiada fortaleza y cada jardín un campo de continuos combates. No se respetaba ni la misma casa de Catón el austero, tenida por todos como sacro santuario del honor y del nombre romano. Mil veces se veían en la necesidad imprescindible de reunir sus clientes y sus esclavos contra los esclavos y los clientes de Clodio. Imaginaos en el aquelarre de las calles romanas, teñidas con el reverbeo siniestro de todas las cóleras por las pasiones de una demagogia sin freno, cuánto haría Clodio en daño de Pompeyo. Hay quien dice que intentó matarlo. Pompeyo no ideó desquite mayor que traerse á Roma Cicerón. Y efectivamente, la presencia del orador, odioso á su persona y á toda



su familia, desconcertaba la demagogia de Clodio, tantas veces herida por las frases fulminantes que lanzaba la tribuna de los Rostros. Fulvia y Clodia, dos musas del demagogo, su mujer la una, su hermana la otra, soplaban nuevas y más encendidas cóleras con sus labios de rosa en aquel espíritu de grandes tempestades. A Clodio no se le ocurrió por el pronto más que burlarse de Cicerón y de Pompeyo en el teatro. Cicerón volvió, como ya hemos dicho, y su presencia irritó más y más á las dos mujeres, por ende, al demagogo. Necesitó un general como Pompeyo suscitar á su enemigo un aventurero como el que ha pasado á la historia por virtud de la elocuencia ciceroniana con el célebre nombre de Milón. Este reunió grécúlos de los que manejaban con destreza el puñal, judíos de los que servían para espiar y corromper á todo el mundos libertos de cuyas condiciones dan idea las lengua, modernas con la palabra vulgar *libertino*, esclavos tracios de una fuerza inmensa, gladiadores tan fáciles en morir como en matar, y todos se congregaron á una contra Clodio y le persiguieron de muerte. La rudeza y crueldad de aquellos tiempos consentía que un hombre como Cicerón señalase á su amigo el corazón de su enemigo y aun mezclara los arúspices y los auspicios en estas viles venganzas. El gran orador llegó á decir que Clodio era una

víctima destinada en designios superiores al puñal de Milón. En efecto, encontráronse una tarde los dos rivales en la vía Apia y se arremetieron sin piedad. El combate parecía una fiesta de gladiadores, según lo contemplaban desde sus literas las damas y desde sus monumentos y sepulcros tendidos en aquellos sublimes sitios la indiferente plebe. Clodio salió herido de la refriega é intentó huir al golpe último y á la muerte segura. Mas, dispersos los que le acompañaban y sostenían, Milón expidió varios de sus bravos á perseguirlo y rematarlo. En efecto, sin piedad alguna lo cosieron á puñaladas y le dejaron exánime sobre aquel ensangrentado suelo. Fulvia se lanzó desalada sobre su cuerpo en cuanto supo la noticia de su muerte. Jamás el dolor tuvo gritos tan agudos ni palabras tan horribles. Aquella mujer parecía una imagen de la venganza. Destrozado el traje, descompuesta la faz, espumosos los labios, relampagueantes los ojos, destrenzada la cabellera, ya besaba el frío cadáver, ya metía las manos en los surcos de sus hondas heridas para rociar con aquella sangre como con agua litúrgica sus partidarios é impelerlos al desquite, ya golpeaba la tierra pidiendo tener un mismo sepulcro junto aquel con quien había tenido un mismo tálamo, ya pronunciaba terribles arengas inspiradas por la rabia más ciega é impulsoras del más vergonzoso des-